

"La Misión", la película, termina con la conmovedora escena de unos niños indígenas que, tristes y huérfanos, vuelven a la selva llevando apenas como recuerdo de sus tiempos de "civilización" un violín roto. Y usted tal vez se ha preguntado: ¿Y la historia? ¿Fueron los jesuitas tan sensibles y heroicos como aparecen en la película? ¿Fueron las autoridades coloniales y sus ejércitos tan injustos y crueles? ¿Y el Vaticano tan ambiguo?

Procuraré bosquejar un cuadro histórico de "la misión" de los jesuitas en el Paraguay, procurando hacer resaltar los episodios que, al parecer, han inspirado la película. Usted verá que los episodios, separadamente, son auténticos, y sin embargo, la historia es otra. Incluso me atrevo a decir que la historia ha sido "reducida" para volverla un tanto inocua. La historia real supera la ficción, y la verdad va más allá de la fantasía. Esa fue una historia que no tranquiliza, sino que todavía hoy nos acosa como memoria subversiva, porque no se cierra sobre un lamento inútil sino que se abre sobre una profecía que todavía hoy tiene actualidad.

LA REDUCCION

Después de varios años de misión itinerante entre los indios guaraníes, con buen número de bautizados, pero sin práctica de vida cristiana consciente, los jesuitas comienzan en 1609 otro tipo de misión, usando el método llamado de "reducción". La idea de reducir a los indios juntándolos en pueblos venía ya del año 1503. Con esto se evitaba, según la mentalidad etnocéntrica de la época, la "irracionalidad" de andar los indios desparramados por los montes, "viviendo bestialmente y adorando a sus ídolos". Bajo esta piadosa justificación, sin embargo, la reducción de los indios no era sino un medio para juntar mano de obra al servicio del encomendero. Es claro que los abusos no tardaron y el llamado "servicio personal" se tornaba mera esclavitud. Aun así, la reducción fue adoptada como medio y método de misión. "Reducir a vida política y cristiana" fue uno de los objetivos principales de los misioneros que actuaban en el Perú de los años 1570-1585. Esta orientación pastoral llegó también al Paraguay y de ahí surgieron por esos mismos años las reducciones fundadas por los franciscanos, en las que los indios guaraníes eran catequizados y orientados al servicio de la encomienda.

En ese Paraguay, sin embargo, gracias a la firmeza e inteligencia del primer provincial jesuita, padre Diego Torres Bollo, iba a darse un tipo de reducción verdaderamente inaudito. Los indios serían, sí reducidos, pero no en función de la encomienda, sino en función de la defensa y protección del mismo indio. Serían juntados en pueblos, serían reducidos a "vida política y humana", pero estarían libres del nefasto servicio personal. Estos principios estuvieron siempre muy presentes en el pensamiento y en la práctica de los misioneros jesuitas que fundaron las reducciones. Como se ve, estas reducciones negaban de entrada lo que constituía un punto neurálgico del sistema colonial ibérico: el trabajo compulsorio, servil o semiservil, como condición necesaria para la acumulación mercantil. Lo interesante en

este caso es que esta forma revolucionaria de reducción no procedía de consideraciones de carácter económico, sino de un principio fundamental de evangelización: humano, el indio era, por naturaleza, libre. Las Leyes de Indias ya lo habían admitido, pero ni siquiera la práctica misional podía realizarlo. En el Paraguay, los jesuitas con los guaraníes consiguieron, en parte, esa utopía que el mundo colonial nunca había de perdonar, y que todavía hoy consideramos imposible.

ASPEROS CAMINOS Y PELIGROSOS RIOS

En 1609 cuatro misioneros, dos a dos, eran enviados a los indios de frontera, a donde el español casi no había entrado. "Desde Maracayú se va por tierra hasta el gran salto del Paraná, que es una de las maravillas que hay en el mundo, en que se gastan seis y ocho días que se andan a pie por pantanos y ásperos caminos y peligrosos ríos, que llenos con las avenidas, dan paso a los caminantes las puntas de los árboles...", relataba el padre Antonio Ruiz de Montoya (1892: 30-31). Como estos Saltos del Guairá hoy están sumergidos en la represa hidroeléctrica de Itaipú, la película mostrará las no menos fotogénicas cataratas de Yguasú, como imponente metáfora de la dificultad de penetrar hasta los indios; y por supuesto que ningún jesuita con sentido común habrá nunca escalado aquellas escarpadas y resbaladizas peñas, cuando ya en la época había camino que las bordeaba.

Con no pocos sacrificios, es cierto, los jesuitas fundaron en la "provincia" del Guairá 13 reducciones, en las que se juntaron no menos de 38.500 personas, en un período que va de 1610 a 1629. "Aquellos indios que vivían a su usanza antigua en sierras, campos, montes y en pueblos que cada uno montaba cinco o seis casas, han sido ya reducidos por nuestra industria a poblaciones grandes, y de rústicos vueltos en políticos cristianos con la predicación del Evangelio", dirá Montoya en su *Conquista Espiritual* (1892:15).

Mientras tanto la acción misionera,

con extraordinario impulso, se había extendido por otras regiones: hacia el sur, por el Paraná medio, Uruguay y Tapé, y hacia el norte, por el Itatín, sumando otras 27 fundaciones. De estas cuarenta reducciones iniciales, después que algunas fueron destruidas, y tuvieron que ser trasladadas y rehechas otras, quedarían definitivamente 30 pueblos, que el 1732 alcanzarían la cifra máxima de 141.182 habitantes.

MUSICALMENTE

El encuentro de los jesuitas con los indios guaraníes fue en general amistoso y hasta cariñoso; la hospitalidad era una virtud que yo diría estructural del modo de ser guaraní. Es también lo que cuentan las cartas de los primeros jesuitas. Pero cabe una interpretación mística y mítica de la buena acogida que tuvieron los misioneros entre los guaraníes. El apóstol Santo Tomás habría ya recorrido esas tierras y dejado la profecía de que otros hombres como él, con cruces en las manos, vendrían un día a predicar la misma doctrina que él les predicara. De hecho, los guaraníes tenían y tienen hasta hoy un mito fundamental que permite establecer ese tipo de analogías. Los guaraníes son también, religio-

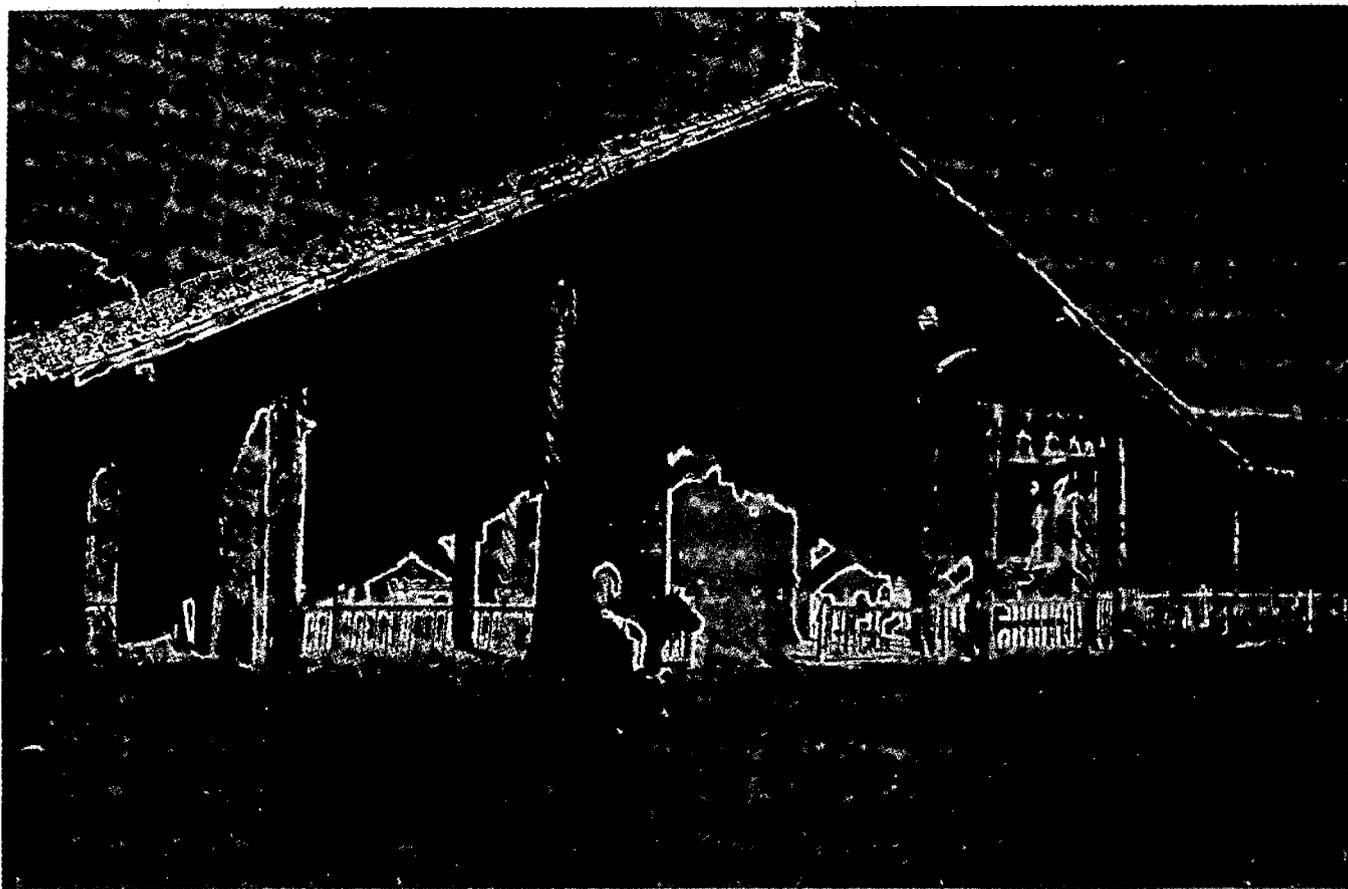
samente hablando, un pueblo de profetas, la palabra inspirada de sus cantos y danzas es parte constitutiva de su propio ser; los supuestos "hechiceros" no son sino los dueños privilegiados de las palabras buenas y hermosas; y hay indicios de que vieron en los misioneros jesuitas a otros tantos profetas, "hechiceros" buenos, poderosos y generosos, poseídos por lo sagrado y dueños de palabras nuevas y eficientes.

Es histórico también que la música jugó un gran papel en la comunicación entre guaraníes y jesuitas. El historiador Charlevoix, basado en datos auténticos, pudo recrear un cuadro idílico de aquellos primeros encuentros: "Los jesuitas, navegando por los ríos, echaron de ver que, cuando para explayarse santamente cantaban cánticos espirituales, acudían a oírlos tropas de indios, y parecían tener en ello gusto especial. Aprovecháronse de él para explicarles lo que cantaban; y como si tal melodía hubiera cambiado sus corazones... no tenían dificultad en persuadirles que los siguiesen; los hallaron dóciles..." (Charlevoix II, Madrid, 1912: 60).

En 1639, el padre Montoya ya podía escribir: "Son notablemente aficionados a la música..., ofician las misas con aparato de música, a dos y tres coros;

esméranse en tocar instrumentos, bajos, cornetas, fagotes, arpas, cítaras, vihuelas, rabeles, chirimías y otros instrumentos, que ayudan mucho a traer a los gentiles y al deseo de llevarnos a sus tierras..." (Montoya 1892: 198).

Verdad es que no faltaron buenos y renombrados músicos en las reducciones. Ahí estuvieron Juan Vaisseau (+1623), belga, que había estado ascripto al teatro de Alberto de Austria y de Isabel Clara Eugenia; el hermano Luis Berger (+1639), pintor, médico, músico y danzante, que no dudaba en pedir del propio padre General en Roma, cuerdas de laúd; el curioso Antonio Sepp (+1733), del coro de cantores de la Corte Imperial de Viena, formador de futuros maestros de música entre los indios, compositor de cantos en lengua guaraní y que en su pueblo de Yapeyú tenía "un chicuelo, de sólo doce años, que toca con dedo firme, sonatas alemanas, sara-bandas y ballets, y otras muchas piezas compuestas por los más insignes maestros europeos, tales como Enrique Schmelzer, Enrique Francisco Ignacio de Biberou y Teubner. Estos nombres son familiares a los instrumentistas y tocadores de cítara. Los preludios que hacen pensar al organista más hábil, mi indiecito los toca en el arpa o cítara davídica, con



una sonrisa en los labios". (cit. por Furlong 1962: 475-76); y tal vez el más famoso, el hermano Doménico Zípoli, gran compositor barroco, autor de misas y obras para órgano y tecla (+1726). De este modo no era de admirar que las iglesias tengan 30 ó 40 músicos. "Cantaron aquí (en Buenos Aires) las vísperas, la misa y las letanías, junto con algunos otros cánticos, de tal suerte, con tanta gracia y arte, que quien no los estuviese mirando creería que eran músicos de algunas de las mejores ciudades de Europa que hubiesen venido a América" (cit. por Furlong 1962: 486).

La película "La Misión" aprovecha ampliamente este aspecto de la realidad para apoyar su discurso civilizador: la música europea culta, maravillosamente ejecutada por los indios, sería prueba y signo de la capacidad y "racionalidad" del indígena; posición muy ambigua en la historia real y ambigua también en la representación cinematográfica.

UN ALMA VALE UN HACHA

No todo en la misión era música celestial. Más que la música atrajeron a los guaraníes las hachas de hierro y otras herramientas. "Comprámosles la voluntad a precio de una cuña (léase hacha), que es una libra de hierro y son las herramientas con que viven, porque antiguamente eran de piedra. Presentada a un cacique una cuña, sale de los montes y sierras donde vive, y se reduce al pueblo él y sus vasallos, que con la chusma suelen ser 100 y 200 almas, que bien catequizados reciben el bautismo: anzuelos, agujas, alfileres, cuentas y abalorios, son los intereses a los que los demás aspiran" (Montoya 1892: 196-97). Lo que expresa de un modo todavía más sintético el padre Pedro de Oñate, provincial, en su carta anual de 1616-1619: "las almas valen aquí a cuña de hierro"

(cit. por Hernández I., Barcelona 1913: 385).

La fascinación que ejerce el hierro sobre los hombres de la edad de piedra, la constatan aun hoy los antropólogos. Entera razón tiene Alfred Métraux cuando dice que "el hierro crea entre quienes descubrieron su uso, una tiranía invencible. Una vez conocido el metal no se vuelve a la edad de piedra"; un detalle que los ecologistas de excursión de fin de semana no suelen tener en cuenta.

Esta revolución tecnológica del hierro, a la que acompañó el arado tirado por bueyes, la intensificación y diversificación de la agricultura, la implantación de una ganadería que pronto contó con reservas casi inagotables, la utilización de adobes y piedra en la construcción de casas, contribuyó no sólo a un real bienestar de los indios de la reducción, sino que aseguró su autonomía e independencia económica. Y dicho sea de paso, los guaraníes no tenían plantaciones de cambures, —a la película filmada en Colombia, probablemente no le cabía otra alternativa—, sino de "hierba mate", el más importante y casi único producto de exportación con el que las reducciones hacían frente a ciertos gastos, como el tributo al rey y la compra de ciertos productos de "lujo": tejidos delicados para las representaciones de días de fiesta, plata para los objetos de culto, instrumentos y papeles de música...

Lo más importante, sin embargo, fue que la nueva economía, a pesar de ciertas concesiones al sistema colonial y no poder desconocer su integración en el Estado español, consiguió mantenerse, en su funcionamiento interno, como una economía de reciprocidad: el don gratuito de bienes y alimentos era un deber de cada uno y el privilegio de todos, siendo la redistribución de los productos, en gran parte fruto del trabajo en común, practicada bajo la forma de un

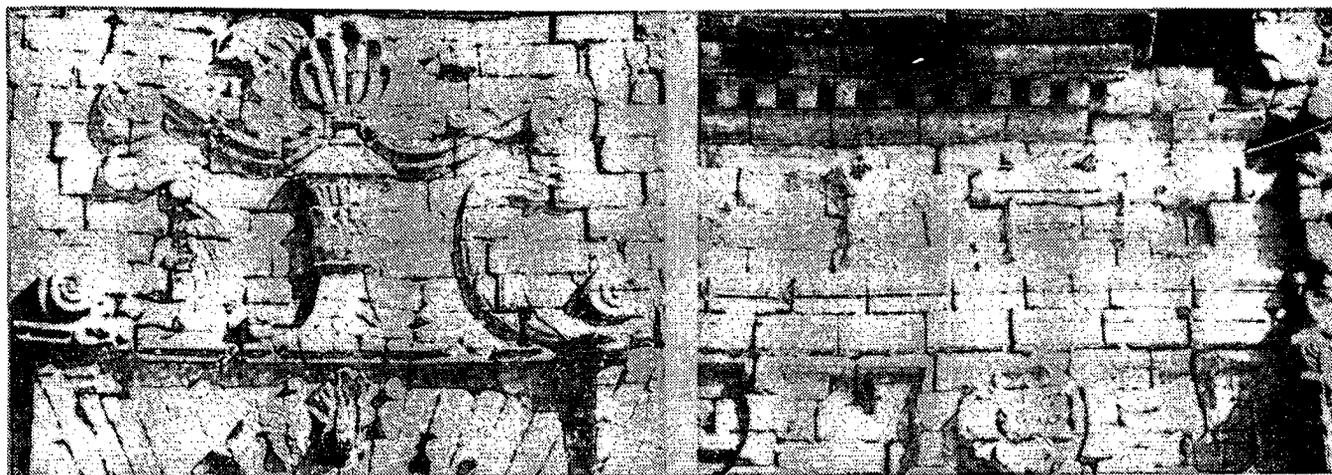
solidarismo constante. Es lo que se ha dado en llamar el "comunismo de las Misiones", pero que en realidad no es sino la permanencia de ciertas estructuras de economía tribal. Fue este tipo de economía, según el cual el indio trabaja para sí y no para el lucro mercantil explotado por otros, la piedra de escándalo que el sistema colonial no podía ver en su camino, y no descansó hasta aniquilarlo.

ENCOMENDADOS, ESCLAVOS O REDUCIDOS

A principios del siglo XVII, los indios guaraníes del Paraguay estaban considerablemente disminuidos, por las "malocas", pestes y malos tratos que habían sufrido. Aun los que estaban libres en sus montes y selvas, eran considerados objetos de encomienda. Los colonos consideraban normal que la reducción actuase como medio de pacificación y de integración del indio al servicio personal encomendado, como en parte lo habían facilitado las reducciones de los franciscanos.

No es raro que los indios huyesen de la encomienda, que ya había causado un verdadero genocidio. La Ciudad Real de los españoles, en más de cien leguas de una y otra banda del Paraná, no tenía un indio, "que todos están consumidos", decía un informe de un jesuita, en 1620. La mortandad era especialmente fuerte en los yerbales de Maracayú, por las condiciones inhumanas del trabajo: "Tiene la labor de esta yerba consumido a millares de indios, y testigo soy de haber visto por aquellos montes osarios bien grandes", testificaba el padre Montoya (1892: 35). Y todavía había españoles que vendían "piezas", o sea, esclavos, a los mismos portugueses.

Pero además de la amenaza del encomendero que venía a buscar a los



que consideraba "sus" indios, estuvieron los paulistas que entraban pura y simplemente a capturar esclavos que después vendían a los ingenios de azúcar del Brasil. Conocidos como "bandeirantes", por el modo como organizaban sus expediciones, y también como "mamelucos", por analogía con aquellos egipcios que servían al sultán turco, esa gente de São Paulo, sobre todo en los años 1628 a 1640, fueron el terror de aquellas tierras de Guairá, del Tape y del Itatín, de donde se llevaron cautivos millares y millares de indios.

En un primer momento, las reducciones parecieron espacios de libertad en los que el indio estaba libre de la encomienda y defendido contra la esclavitud. Pronto se vio, sin embargo, que tampoco las Misiones eran respetadas. En sucesivos ataques muchas de las reducciones recién fundadas fueron asoladas y los indios llevados en cautiverio, a veces en tropas que sumaban 30.000 individuos.

Entre 1629 y 1631 fueron destruidos 11 pueblos de la región del Guairá, salvándose sólo en parte la población de dos de ellos, que inició su éxodo por el Paraná abajo, fuera del alcance de los paulistas. En la región del Tape, hoy Rio Grande do Sul, en el Brasil, los pueblos asolados fueron 13 y la población llevada cautiva se calcula en más de 25.000 personas.

La descripción que hace Montoya del ataque paulista al pueblo de Jesús-María es impresionante: "El día de San Francisco Javier del año de 1637, estando celebrando la fiesta con misa y sermón, 140 castellanos del Brasil —las coronas de España y Portugal estaban unidas en esa época— con 150 tupis, todos muy bien armados con escopetas... entraron por el pueblo disparando; halláronse allí dos sacerdotes y dos hermanos nuestros, que viéndose apurados de balazos, se aplicaron los hermanos e indios a la defensa justa, y los

Padres a ponerles ánimos... Pelearon seis horas, desde las ocho de la mañana hasta las dos del día; hirieron a un Padre en la cabeza de un balazo; atravesaron el brazo a un hermano... Determináronse los enemigos de quemar la iglesia... Tres veces tiraron fuego en saetas... hizo a la cuarta vez presa irremediable el fuego en la paja iglesia; allí fue la confusión y vocería, los gritos y alaridos de los niños, llantos de mujeres y turbación de todos" (Montoya 1892: 279-81).

La legitimidad de defenderse con armas de fuego contra los ataques paulistas fue objeto de discusiones y consultas, incluso en las Congregaciones provinciales, pero la mayoría de los jesuitas concordaba en su necesidad. El hecho es que frente a nuevas invasiones de los paulistas los jesuitas adiestraron, animaron y acompañaron a los indios en la batalla. El propio superior de las Misiones del Tape, padre Diego de Alfaro, en la batalla de Caazapá, estaba "animando a sus hijos, los indios, a que peleasen valerosamente, cuando un mal portugués escondido en una choza de a pocos pasos, conociéndolo muy bien, le apuntó y le hirió en la frente sobre el ojo derecho", de que murió. Mientras tanto, el hermano Domingo Torres, andaluz de Osuna, armado con un mosquete hería malamente al capitán portugués y lo ponía fuera de combate. Era el mismo hermano quien en el año de 1641, junto con el capitán indígena Ignacio Abiarú, dirigía las operaciones en la batalla de Mbororé, que resultó en la victoria definitiva sobre los paulistas, que ya raramente volvieron después. Que un religioso —fuere hermano o sacerdote, tan jesuita era uno como otro— empuñara las armas en defensa del indio injustamente atacado, estaba plenamente admitido en esa primera mitad del siglo XVII. Hay que notar que las disposiciones legales del Estado favorecían esa resistencia y Urbano III, en un breve de 22 de abril de 1639, acababa de prohibir, bajo pena de

excomunicación, "esclavizar a los indios, venderlos, llevarlos a otros sitios o privarlos de la libertad en la forma que fuere" (cf. Bruno, II, 1967: 311).

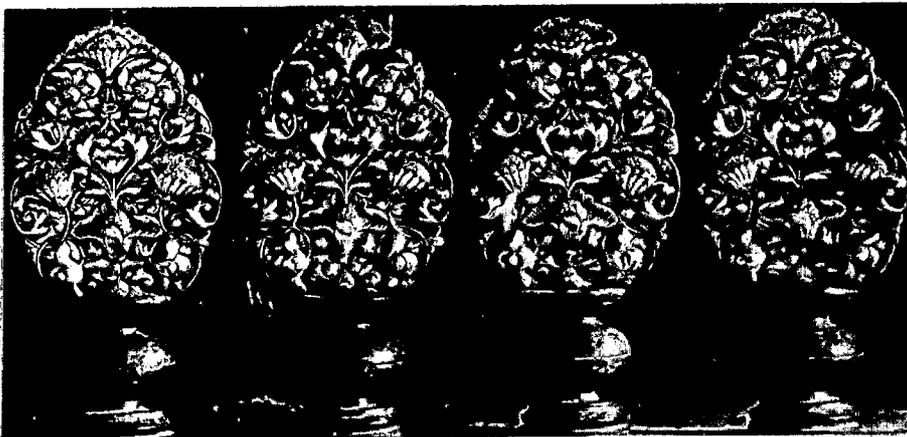
LA GRAN PRUEBA

Libres de los encomenderos y fuera del alcance de los paulistas, las Reducciones jesuíticas de guaraníes se reorganizaron y conocieron un verdadero esplendor. Parecía que se había conseguido el cristianismo feliz —éste era precisamente el título de la obra de Ludovico Muratori (1743), de amplia difusión en Europa—, y la utópica república de Platón había conseguido un lugar bajo el sol, precisamente en aquel distante Paraguay. No faltaron, es cierto, epidemias y sobresaltos políticos que complicaron el día a día de la vida reduccional, pero en líneas generales fueron décadas, entre 1656 y 1750, de bastante prosperidad. A esta época suelen referirse las descripciones de los propios jesuitas y de algunos visitantes, que ofrecen de las Reducciones una visión entusiasta y un tanto idealizada.

En Europa, mientras tanto, los intereses comerciales se definían a favor de los ingleses y circulaban ideas políticas más liberales. Las Misiones jesuíticas seguían fuera del sistema colonial mercantil y los padres eran acusados de haber formado un Estado dentro del Estado. En 1750 era firmado en Madrid el Tratado de Paz y Límites, entre las coronas de España y Portugal, que en el fondo suponía una nueva reestructuración geopolítica de América del Sur. Portugal hacía cesión a España de la Colonia de Sacramento, pero se quedaba con amplios territorios al este del río Uruguay. Siete pueblos de guaraníes debían pasar al dominio portugués y los indios ser trasladados a la otra banda.

Para la ejecución del Tratado, junto con los comisarios españoles y portugueses, fue indicado por el propio Padre General de los jesuitas, como comisario con plenos poderes y autoridad, el padre Lope Luis Altamirano. Lo peor es que, sin conocer las cosas de América, ya venía prevenido contra los indios y contra los padres de las reducciones, que habrían hecho de aquellos territorios un feudo propio, al margen del Estado.

De hecho, cuando los jesuitas conocieron el Tratado, quedaron perplejos. En una "representación" enviada al confesor del rey, padre Francisco Rábago, protestaban que "los indios de los dichos siete pueblos son verdaderos, absolutos y legítimos dueños de sus



pueblos, que con sus manos han fabricado, de sus bienes raíces, fruto de sus trabajos e industria, y de sus tierras nativas, en que fueron hallados, y que a vista de españoles y portugueses poseen por más de ciento y treinta años que son cristianos... No es lícito llevar los indios guaraníes de sus siete pueblos a otras tierras... ni enseñar o decir que tal se puede hacer en conciencia... Nuestra conciencia no está segura del acierto, obedeciendo a una ley civil y humana, a que tan claramente contradicen la ley natural, la divina, la eclesiástica y la civil" (cit. Por Astráin, VII, Madrid, 1925: 650-51).

Los indios también, consternados y revoltados, no podían entender cómo el rey de España podía ser injusto y engañado hasta tal punto. Los Cabildos indígenas de los pueblos afectados enviaron al rey cartas —todavía hoy conservadas en su texto guaraní en el Archivo Histórico Nacional de Madrid— que son un modelo de sentido común y raciocinio geopolítico, mucho más inteligentes y con más visión histórica que la que mostraban los ineptos ministros reales. A la humildad en la representación de sus derechos, uníase la firmeza en defender su tierra, hasta la muerte, si necesario fuese: "Aun los animales más bravos, afligiéndolos alguno, se vuelven y acometen contra él. Cuanto más nosotros que somos cristianos, amamos muy mucho el pueblo que Dios nos dió... No queremos la guerra, mas si la hubiere, decimos a los nuestros:... compongamos bien las armas, busquemos a nuestros parientes que nos han de ayudar, y confiando en Jesucristo nuestro ayudador, decimos: "Salvemos nuestras vidas, nuestra tierra y nuestros bienes todos... Aquí sólo queremos morir todos si Dios nos quiere acabar, nuestras mujeres y nuestros hijos pequeños juntamente. Esta es la tierra donde nacimos y nos criamos y nos bautizamos, y así aquí sólo gustamos de morir" (cit. por Melià 1986: 185-86). Como esta carta del pueblo de San Luis eran las de los otros pueblos, escritas todas en 1753.

Algunos pueblos intentaron trasladarse, pero no encontraron tierras adecuadas, y se volvieron.

Por su parte, el padre Altamirano continuaba presionando la conciencia de los padres, convencido de que, si había resistencia por parte de los indios, sólo podía ser por influencia de los padres. En sus cartas, imponía de una sola vez 24 preceptos de santa obediencia, una excomunión reservada y amenaza de despedir de la Compañía a quien no acatase sus órdenes. El historiador pa-

dre Antonio Astráin tiene que escribir: "Confieso ingenuamente que hasta ahora no he visto en toda la historia de la Compañía un caso en que se haya desplegado tanto lujo de preceptos en virtud de santa obediencia, ni conozco Superior que haya mandado a sus súbditos con tan extremosa rigidez" (Astráin VII, Madrid 1925: 671). Los misioneros estaban en terribles angustias, dilacerados entre una obediencia imposible y una tarea injusta. Y lo cierto es que, cuando centenas de indios fueron a la guerra para defender los más sagrados derechos de su tierra de su misma vida cristiana, los jesuitas no tuvieron ánimo para acompañarlos. Aun así, se difundía la calumnia entre españoles y portugueses que "los jesuitas eran los verdaderos rebeldes" (cf. Furlong 1962: 664).

La situación se hacía insostenible. "Grandes y chicos se arman, escribía el padre Lorenzo Balda, cura de San Miguel, y aun las mujeres, clamando todos que por defender sus pueblos, iglesia y el Santísimo Sacramento y a San Miguel, quieren morir" (ibid.).

Los indios, solos, fueron efectivamente a la guerra. Y en una primera campaña hicieron retroceder al ejército portugués que ya estaba avanzando por territorio misionero. Los ejércitos unidos de España y Portugal, ahora con 3.000 hombres, iniciaron una segunda campaña. Los guaraníes, teniendo como capitán a Sepé Tiarayú, usando ciertas tácticas de guerrilla, los acosaron aquí y allí, con escaramuzas que producían no pocas bajas en los invasores reales. En una de esas escaramuzas, sin embargo, moriría Sepé Tiarayú, al grito legendario de: "Esta tierra tiene dueño". Dos días después, los 680 indios mal conducidos y peor preparados por cabecillas improvisadas, se opusieron al paso de los ejércitos en el lugar de Caayvaté, siendo fácilmente derrotados y exterminados. "Pobres indios fusilados por defender su tierra natal", exclama nuestro Astráin (VII: 677). Los españoles se vanagloriaron de esta masacre, cuya cifra hicieron subir hasta 1.311 muertos y 152 prisioneros, cuando en realidad los indios gratuitamente asesinados, cuando ya estaban derrotados, fueron unos 400. Para celebrar la ridícula victoria, por la que España perdía un territorio considerable, hicieron echar al vuelo las campanas en Buenos Aires, y con ellas también las de la iglesia de la Compañía.

Los siete pueblos fueron de este modo ocupados sin dificultad y los indios forzados a trasladarse. Sólo que por esas ironías de la historia, el nefasto Tratado, que tantas miserias ya había provocado,

entendido por fin en su verdadero alcance por Carlos III que acababa de subir al trono de España, era anulado en 1761. Pero los pueblos ya nunca se recuperarían después de tan desastrosa política.

Pocos años después, era decretado al extrañamiento de los jesuitas de todos los dominios españoles. De las Reducciones del Paraguay sólo se les hizo salir un año después, en 1768. La "utopía" de las Reducciones, una misión de evangelio en tiempo colonial, volvía a un lugar sin-lugar. La estructura administrativa de los pueblos fue radicalmente modificada, y el sistema colonial se instalaba en los pueblos con toda su violenta explotación de los recursos existentes y de la mano de obra. Los indios, desmoralizados, poco a poco, salieron; no volvieron a la selva, que no tenía ningún atractivo para ellos, sino que se emplearon como peones en las estancias, comenzaron a vagar por los caminos y llegaron a las ciudades, donde se emplearon como pudieron: bastante bien los artesanos más cualificados, y como mano de obra barata los más. Estaban libres de la "tutela jesuítica", que en realidad se había dado; tenían ahora la libertad del liberalismo naciente: eran por fin libres para ser esclavos.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ASTRAIN, Antonio. 1902-1925. *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*. 7 tomos. Madrid.
- BRUNO, Cayetano. 1966-1976. *Historia de la Iglesia en Argentina*. 11 tomos. Buenos Aires.
- Cartas Anuas. 1927-1929. *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán, de la Compañía de Jesús*. 2 vols. Buenos Aires.
- CHARLEVOIX, Pedro Francisco Javier de. 1910-1916. *Historia del Paraguay (...traducida al castellano por el P. Pablo Hernández)*. 6 vols. Madrid.
- FURLONG, Guillermo. 1962. *Misiones y sus pueblos de guaraníes*. Buenos Aires.
- HERNANDEZ, Pablo. 1913. *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*. 2 vols. Barcelona.
- MATEOS, Francisco. 1949. "Cartas de indios cristianos del Paraguay", en *Misionaria Hispanica*, VI, 18: 547-572. Madrid.
- MELIA, Bartomeu. 1986. *El Guaraní conquistado y reducido*. Asunción.
- MONTOYA, Antonio Ruiz de. 1892. *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape*. Bilbao (la primera edición salió en Madrid, en 1639).
- TECHO, Nicolás del. 1897. *Historia de la Provincia del Paraguay, de la Compañía de Jesús*. 5 vols. Madrid.